

Aguas aéreas

La poesía y Campbell

David Huerta

Cuando Federico Campbell cumplió 70 años, nos reunimos algunos amigos y lectores suyos en la Galería de Rectores de la Feria Internacional del Libro de Minería. Fue el 6 de marzo de 2011. Ahora Campbell ha muerto: falleció el pasado 15 de febrero de 2014.

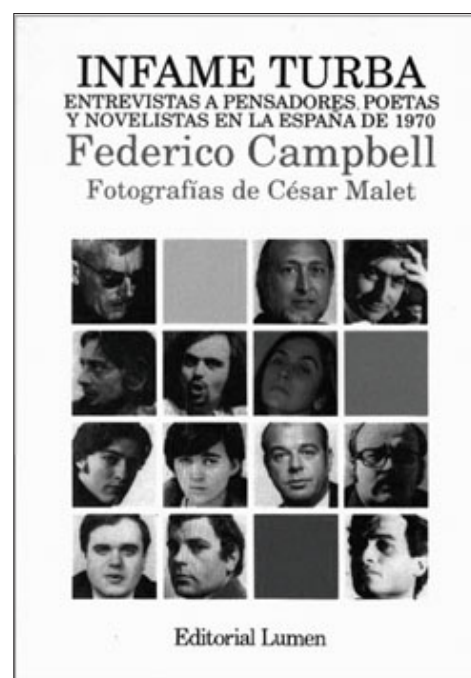
El pasado sábado primero de marzo de 2014, también en la Feria de Minería, por iniciativa de su gran amigo Fernando Macotela, organizamos una reunión para recordar al amigo y al escritor, sus dos facetas convergentes en la misma personalidad. Unidos en torno de Carmen Gaitán y de Federico Campbell Peña, manifestamos nuestro cariño y nuestra admiración por el camarada y por el autor de libros inolvidables.

En ese lejano marzo de 2011 preparé un puñado de evocaciones y reflexiones acerca de la peculiar relación de Federico Campbell con la poesía. Es un testimonio público sobre un asunto literario, desde luego —pero hay en esas páginas, así lo creo, un temblor de amistad fervorosa y de admiración inocultable. Federico Campbell fue mi hermano mayor y nunca podré aliviar el dolor por su muerte. Ofrezco los siguientes renglones, mi intervención en 2011 para su cumpleaños 70, a la memoria de Campbell. He dejado algunos verbos en presente —otros están en pasado, pues se trata de una serie de consideraciones acerca de una larga amistad— y he modificado y corregido pasajes y expresiones.

Hablar de Federico Campbell significa, para mí, hablar de cuarenta años de mi vida, de nuestras vidas, y convocar una serie de imágenes imborrables: cierta colección de pe-

queños cuadernillos poéticos y prosísticos —diminutos: cabían en la palma de la mano o en el bolsillo de la camisa—; los oficios del periodista en la alta noche llamada Cierre de la Edición y su conversada vigilia y sus discusiones, a veces arduas, en torno de los temas de la escritura y la historia; las tertulias para hablar de política y de literatura (en ese orden, me temo): primero las trapacerías y chicanas de los funcionarios públicos, luego los libros leídos y en busca de nuestros comentarios; sus libros mismos leídos ávidamente en la Ciudad de México y en Tlayacapan; los amigos comunes, siempre en el centro de las preocupaciones, los entusiasmos y las pasiones.

Las ciudades de Campbell forman parte de un complicado sistema imaginario, en el cual la memoria —uno de los temas fundamentales de su universo— funciona como el desencadenante de evocaciones interminables: al lado de Huatabampo, París; junto a Santa Rosalía, Barcelona. Podría pensarse en un cortocircuito continuo y en desencuentros o asimetrías inevitables (¿cómo hablar de Las Ramblas y la tjuanense Avenida Revolución en el mismo minuto?); pero en el discurso de Campbell todas esas relaciones funcionan con una extraña coherencia, llena de gracia. Vean y escuchen, si no lo creen ustedes, la conversación de Campbell con Claudio Isaac hecha para la televisión universitaria: Campbell dice unas cuantas cosas apasionantes sobre ciudades y literatura. Estamos hechos de las ciudades donde tuvimos experiencias memorables, le dijo Campbell a Claudio Isaac. Es una idea hermosa, relacionada simultáneamente con varios temas: la memoria, la identidad, los viajes, las obras humanas y la gravitación de esas obras —en este caso, las ciudades— en el corazón y en el recuerdo.



Cuarenta años es muchísimo tiempo. Debo decir esto, sin embargo: en todos esos años no se ha agotado mi curiosidad por la vida y los trabajos de Federico Campbell; no han saciado mi interés por sus imaginaciones, por sus chifladuras, por sus escrituras; no han desanimado mi deseo de decirle, a la manera de Macedonio Fernández, en cada encuentro o en cada llamada telefónica, en su casa de la calle Jojutla, junto a Carmen Gaitán, para contestar mi llamada: “Gusto de verlo vivir, de acompañarlo en esta vida”. Si se lo dijera, no me haría caso; o bien me preguntaría, con ese tono tan reconocible para sus adictos: “Y eso, ¿de dónde lo sacaste, maestro?”.

Hay un tema entre nosotros, presente siempre. Campbell ha decidido —con una arbitrariedad de la cual está hecho, también, su genio— lo siguiente: ese tema más bien me pertenece o es de mi uso exclusivo, o de mi casi personal (o gremial) incumbencia —tema mío y de mis colegas, según él. Ese tema es *la poesía*. Mis colegas serían, según esa visión campbelliana, los poetas; en especial los poetas mexicanos. Apenas hay en esa tribu hirsuta unas cuantas personas a quienes considere yo tan colegas míos como considero a Campbell. Pero Campbell sentenció, o casi: “Tuya es la poesía, y de tus colegas”. A refutar esa idea, entonces, o ese parecer campbelliano, dedico la mayor parte de estos renglones en homenaje a este individuo formidable.

No hace falta ir muy lejos para ver a Federico Campbell en plena poesía. Uno de sus extraordinarios libros de periodismo literario se titula *Infame turba*, y es una serie de entrevistas con escritores indudablemente españoles. Apenas hace falta recordarlo: esas dos palabras, “infame turba”, provienen de la *Fábula de Polifemo y Galatea*, poema de Luis de Góngora de la segunda década del siglo XVII. Es la quinta octava del poema —se describe ahí la guarida del cíclope Polifemo, gigante siciliano— e “infame turba” ocurre en el penúltimo verso, el séptimo, primero de la llave o par de versos conclusivos de la estrofa; dice así el pareado:

...infame turba de nocturnas aves,
gimiendo triste y volando graves.

Las aves proyectadas con lúgubres aleteos desde el interior de la cueva de Polifemo son siniestras, como corresponde al ámbito monstruoso en donde prosperan. El poeta no nos dice cuáles son esas aves; los comentaristas han hecho correr alguna tinta sobre ese punto y la lista puede ser muy simpática: búhos, buitres, murciélagos, cuervos, urracas. Podrá objetarse la lista: por ejemplo, los murciélagos no son propiamente aves; pero en medio de esas imaginaciones barrocas poco importa. En mis pesquisas gongorinas me encontré el nombre fantástico de una de esas integrantes de la *infame turba* polifémica: los *vesper-tiliones*, enormes murciélagos cuyo vuelo se emprende al atardecer, como su nombre indica. Al leer las entrevistas de Campbell con sus colegas españoles puede escoger uno las aves correspondientes a cada uno de ellos.

Por otro lado, muchas veces he evocado al siciliano Polifemo con una efigie parecida a la del gigante devorador, alegoría del Estado en la portada original del libro de Hobbes: el Estado, Sicilia —estamos en pleno territorio de Federico Campbell. Y todo ello, lo hago notar con enorme gusto, a partir de unos versos de mi poeta favorito —bien claros en la bibliografía campbelliana.

He aquí otro poema, de raíz indudablemente popular, dicho con un placer inculcable por Federico Campbell en una ca-

lle de la colonia Condesa y transcrito por mí en un cuaderno de notas:

El gallet de la perdiu
ara plora, ara riu.

Está en catalán y significa más o menos: “El pollito de la perdiz ora llora, ora ríe”. La rima catalana se pierde en español; Campbell disfruta enormidades el original. Me pregunto la razón de ese gozo; la respuesta: se trata sin la menor duda de la sensibilidad campbelliana ante la poesía pura —pues esos versitos catalanes, cuya simpleza pueden parecerles a algunos nadería, son una especie de diminuta apoteosis de la sonoridad lingüística, poética, prosódica. Poesía pura, por supuesto. Le he oído a Federico Campbell decir esos versos maravillosos dos o tres veces seguidas, en varias ocasiones, con una sonrisa en la cara, su cara rubia, inolvidable.

Uno de los poetas españoles entrevistados por Campbell fue el genial Jaime Gil de Biedma. De pronto, sin aviso, Campbell puede soltar en medio de la conversación unas palabras extrañas, convocadas acaso por el dicho de algún amigo:

Yo nací (perdonadme)
en la edad de la pèrgola y el tenis.

Son dos versos de Gil de Biedma, del poema “Infancia y confesiones”, dedicado a Juan Goytisolo. Me he visto tentado de imaginar cómo habría escrito Federico Campbell una evocación parecida; los elementos de esa evocación están ahora a mi alcance, en la entrevista con Claudio Isaac, y en otra entrevista campbelliana, para la televisión bajacaliforniana, con Felipe Parra. Hay mucho de infancia y de confesiones en esas charlas: los mismos elementos de Gil de Biedma en su poema —pues “infancia es destino”, como reza el adagio, y además “el niño es el padre del hombre”, como afirmaba William Wordsworth y sabía Sigmund Freud, el mago de Viena. Campbell nació, nos enteramos, por ejemplo, en la edad de los temores, mexicanos y norteamericanos, ante un posible ataque japonés a la base militar de San Diego: algo muy diferente a la niñez burguesa de Gil de Biedma.

No sé si alguna vez Campbell escribió poemas. Por lo menos en una ocasión, en el año 2002, se le dedicó un poema nocturno y melancólico. Sabemos de su trato asiduo, en una temporada de su juventud, con ese funámbulo mexicano, el mágico Juan José Arreola —fue su discípulo en el legendario taller de la revista *Mester*, parte ya de los pequeños mitos literarios de nuestro país. No pudo Campbell no haber oído hablar a Arreola acerca de poesía; no pudo no haberlo escuchado decir de memoria decenas o cientos de versos. En su memoria de escritor perduran esas huellas. O para decirlo positiva, afirmativamente: el sello de Arreola, en Campbell, sigue vivo. Y con ese sello, la energía de los poemas escuchados.

Nos debemos todos un libro sobre las novelas y los cuentos, los reportajes y las entrevistas, de Federico Campbell. Algún día se escribirán y quizás en este mismo momento alguno de los escritores jóvenes cercanos a él planeen algo parecido. En buena hora. En esos libros, ojalá, no se olvide la poesía y su peculiar presencia en la vida y los trabajos de Federico Campbell.

No quiero terminar mi intervención sin evocar a uno de los amigos más queridos por Campbell y por mí —y desde luego, también por Eduardo Clavé—: Arturo Cantú. Él ya no está con nosotros. Lo diré con más claridad: me duele su ausencia en este domingo de marzo. Cantú murió en septiembre de 2006 y su falta no ha dejado de aturdirnos. Federico Campbell fue testigo de primera de las diversas sabidurías poéticas de Arturo Cantú; a veces discutía con él sobre esos temas y yo me maravillaba de su audacia —pero Cantú sabía con quién hablaba, pues era amigo de Campbell de larga data. Esos dos hombres sabían mirarse a los ojos y era un estupendo espectáculo mirarlos mirarse, como sabe bien Eduardo Clavé.

No cometo una infidencia, quiero creer, si recuerdo aquí las palabras con las cuales Arturo Cantú se refirió en cierta ocasión a Federico Campbell, en una conversación conmigo. Lo llamó, con el verso de una fábula de Félix María de Samaniego (otra vez la poesía): “Un panal de rica miel”. No está mal. Debo decirlo, mejor: es perfecta esa frase poética para describir a nuestro homenajeado. **U**